

y por poco apetitosa que os parezca no perderla de vista hasta el momento en que el fuego purificador la haya limpiado completamente, y volverla digna de figurar, como esas lindas flores que os gustan tanto, en el jardin del buen Dios. La cosa está ya avanzada, y así vuestro castigo no durará mucho tiempo.

EL ESCÁNDALO DE ARRIBA.

XVIII.

EL ESCÁNDALO DE ARRIBA.

¿Era un rey ó un pontífice? ¿Un Jefe espiritual ó temporal? No lo diré. Era un personaje que Dios había elevado sobre sus semejantes, no para darle una posición privilegiada, sino para que obra-se sobre ellos, con la autoridad, la influencia saludable del buen ejemplo. La muerte había puesto fin á su alta misión, y venía al tribunal de Dios, donde se sienta San Pedro, á rendir cuenta de la manera como había llenado sus deberes.

La cuenta no debía estar á su favor, á juzgar desde luego por la expresion del rostro del Santo, mientras que consul-

taba el libro donde estaban inscritos todos los pensamientos, las acciones y las omisiones.

Nuestro personaje se apercibió, y á pesar de todos sus esfuerzos por conservar un aspecto tranquilo, se puso aún más pálido, si es posible, de lo que la muerte le había dejado.

—Hombre, le dijo el representante del Juez Soberano, te presentas al Tribunal Supremo en un estado bien lamentable.

—He sido un gran pecador, lo confieso, respondió el hombre; pero las aguas del sacramento de la penitencia me han lavado y espero que la misericordia divina hará el resto.

—No veo en este libro, contestó el Santo, que las aguas de la penitencia hayan lavado tu pecado más grave, y la misericordia divina no tiene nada que hacer por los culpables que no se han arrepentido.

—Si no he tenido, contestó el hombre, la perfecta contrición de mis pecados, he temido por lo ménos la severidad de los juicios de Dios; me he confesado con su Ministro, y me ha absuelto.

—Absolucion sin valor, respondió el

Juez, porque tú no le has confesado todo.

—Le he dicho todo, os lo juro.

—Te engañas, ó quieres engañarme; pero este libro no engaña, y tu no has dicho todo.

—Será que mi conciencia me haya hecho traicion: ¿y un error de memoria puede ser atribuido á pecado?

—El pecado que tú no has confesado no es de los que pueden atribuirse á olvido.

—¿Cuál es, pues? dijo el hombre temblando. Mi vida ha sido corrompida; pero me he confesado sin vacilaciones.

—Si, dijo el Santo, has confesado tu corrupcion; pero no te has confesado de la corrupcion de aquellos, sobre los cuales Dios te había colocado.

—¿Cómo? exclamó el pecador, ¿soy yo responsable de las faltas de otro?

—Juzga por tí mismo, respondió el Santo.

—Y el hombre atraído de repente, por una fuerza secreta, se encontró suspendido á una gran altura.

—¿Qué ves bajo tus piés? dijo San Pedro.

—Veo, dijo el hombre, una inmensa vasija llena de agua. La superficie es igual

à la de un espejo, y como el espejo, refleja la luz del cielo.

—Escupe sobre ese agua, mandó el Santo, túrbala con tu saliva.

—El hombre obedeció, y la saliva hecha mil veces más pesada por la altura de su caída, produjo en el agua una especie de pequeño abismo.

—Hé ahí tu pecado, dijo San Pedro, y su efecto inmediato. Tú por tu cuenta personal, has enturbiado por el pecado un punto de esta superficie clara, imagen de la conciencia humana, donde la pureza del cielo se reflejaba.

—Me he confesado, dijo el hombre, y ved, el abismo se ha cerrado ya.

—No es esto todo, contestó San Pedro, mira aún. ¿Qué ves ahora?

—Alrededor del pequeño abismo, cerrado ya, veo formarse pequeños círculos.

—¿Desaparecen? preguntó el Santo.

—No, engrandecen y se multiplican.

—¿Despues? dijo San Pedro.

—Se extienden, contestó el hombre temblando; avanzan, empujándose el uno al otro, y siempre, alargándose del centro hácia la circunferencia de la vasija.

Ya el primer círculo toca al extremo del borde.

—Y en el agua de la visija, continuó San Pedro, ¿ves aún reflejarse la luz del cielo?

—La superficie del agua está toda rizada, dijo el hombre, y los rayos del Divino Sol se reflejan, pero rotos.

—¿Te has confesado de esto? dijo San Pedro.

—¿De esto? preguntó el hombre.

—Si, de esto, respondió el Santo. Estas son las consecuencias de tu pecado. Del elevado centro en donde Dios te habia colocado para dar el buen ejemplo, has dado el escándalo, y este se ha extendido. ¿Lo ves claramente ahora?

—Lo veo, ¡ay de mí! respondió el culpable.

—¿Te has confesado de esto? dijo San Pedro. ¿Te has arrepentido por lo ménos?

—He confesado mis faltas, contestó el desgraciado; pero no he pensado en el escándalo.

—Las faltas que has confesado eran faltas, en efecto, respondió el juez; pero el escándalo que ellas han causado; y del cual no te has confesado, era un crimen,

un crimen el más enorme de todos. Tú no eras solamente un hombre, eras un pastor de hombres. Tenías la guarda de tu rebaño. Tú la abandonaste, tú eres responsable. Con tu ejemplo, se hubiera hecho bien. Imitándote á ti se ha hecho el mal. De la misma manera que las consecuencias de tus faltas se multiplican y se extienden hasta el infinito, de la misma manera deberán multiplicarse y extenderse las penas de tu expiación. Desde este momento dan principio para ti. Sufre la suerte que tu te has buscado.

un crimen el más enorme de todos. Tú no eras solamente un hombre, eras un pastor de hombres. Tenías la guarda de tu rebaño. Tú la abandonaste, tú eres responsable. Con tu ejemplo, se hubiera hecho bien. Imitándote á ti se ha hecho el mal. De la misma manera que las consecuencias de tus faltas se multiplican y se extienden hasta el infinito, de la misma manera deberán multiplicarse y extenderse las penas de tu expiación. Desde este momento dan principio para ti. Sufre la suerte que tu te has buscado.

XIX.  
DE CÓMO NO PUEDE CUALQUIERA HACERSE SACERDOTE  
CUAL SE HACE ABOGADO Ó ALBAÑIL.

El abate Martin no era lo que se llama un mal sacerdote, no; de otro modo, las buenas lenguas de su parroquia, que no querían guardar fiesta, hubieran divulgado alguna cosa. Por el contrario, no contaban más que alabanzas de su párroco. A Dios gracias, decían ellas, ved ahí uno como todos debieran ser, ni fanático, ni santurron, realizando tranquilamente su mision y dejando á cada uno desempeñar su oficio, sin meterse en lo que no le importa. Dice con regularidad su misa, predica todos los domingos